

«Bendito sea el Señor Dios de Israel, podemos decir con el justo Zacarías, porque visitó é hizo la redencion de su pueblo;» pues encarnándose en el seno de Maria Santísima, ha venido á conversar entre los hombres, y á ser su Salvador y Redentor. Nos ha colmado de gloria en este misterio, pues ha hecho que nos aproximemos á Él, porque ha tomado nuestra naturaleza de las entrañas de Maria á quien ha hecho su Madre; nos ha colmado de gloria, porque ha hecho que Maria sea tambien nuestra Madre para enriquecernos con sus favores por medio de esta Señora á quien ha designado por depositaria y dispensadora de todas sus gracias, alentándonos en nuestro destierro, y que podemos conseguir la felicidad del cielo á que aspiramos. Ciertamente que el Señor ha hecho cosas grandes con Maria, y estas grandezas sirven tambien para nuestro engrandecimiento y nuestra gloria, no solamente en el tiempo, sino tambien en la eternidad: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Aceptad, Madre Santísima de Dios y Madre nuestra, los humildes homenajes de nuestra gratitud; y pues, prosternados ante vuestro sacrosanto altar, confesamos que al concebir en vuestras entrañas al Verbo divino, el cielo, á la par que á Vos, nos ha glorificado, haced, oh Madre del amor hermoso, que jamás olvidemos la alteza de nuestra dignidad, ni la mancillemos con nuestras indiscreciones; y si en la tierra hemos visto «la gloria de Jesus vuestro Hijo, gloria cual convenia al Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad,» en el cielo le adoremos con Vos por los siglos de los siglos. Amen.

---

---

SERMON PARA EL DIA VEINTISEIS.

(CUARTO DE LA NOVENA.)

---

**María Santísima en Belen honra y engrandece la pobreza, cuyas glorias y ventajas debe conocer y apreciar el hombre.**

---

*Fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Me ha hecho grandes cosas el que es poderoso, y santo su nombre.

S. Luc. I.—49.

Quando venimos recordando en estos dias las grandezas y sublimes glorias de la Santísima Virgen Maria, Madre de Dios y Madre de los hombres, no hemos podido menos de sorprendernos, A. H. M. ¡Ah! nuestro Dios no se ha contentado con preservarla de la mancha con que todos nacemos; no se ha contentado con dispensarla todas las gracias, todos los privilegios, todas las excelencias con que pudo enriquecer á la mas querida de todas sus criaturas; la ha elevado á la dignidad mas encumbrada que la inteligencia humana puede concebir auxiliada de la fe, porque la ha hecho su Madre, y por consiguiente se halla enriquecida con todos los tesoros del cielo. Como Madre de los hombres es tan rica tambien en dones celestiales que persuadidos de su grandeza, y admirados de su excelencia todos los dias la invocamos con los títulos relevantes de «Madre de la divina gracia, Virgen poderosa, clemente y fiel, Espejo de la jus-

ticia, Arca de la alianza, Puerta del cielo;» y con mas fundamento que los de Betulia á Judit la aclamamos: «gloria de Jerusalem, alegría de Israel, honor y prez de nuestro pueblo:» porque «el Señor de los poderíos, cuyo nombre entraña la idea de toda santidad, ha hecho con María cosas grandes y admirables:» *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Parecia que la Señora de los cielos que tiene un trono esplendoroso por encima de los tronos de los ángeles, y que en la tierra se le aclama como Reina y Madre de todos los hombres, no hubiera experimentado jamás, no digo los rigores, pero ni aun el mas ligero asomo de la pobreza, de ese estado tristísimo en que el hombre carece de medios para atender á sus mas precisas necesidades, y que tanto preocupa la atencion de los pueblos y de los gobernantes en todo tiempo, y señaladamente hoy, porque es el estado normal de la mayor parte de la humanidad. Sin embargo, María, la hija bendita de los humildes patriarcas Joaquin y Ana, la Esposa del artesano de Nazareth, la Madre del divino Jesus, aunque Madre del Unigénito de Dios, y Esposa del Espíritu Santo, y tambien Hija del eterno Padre, dobles cualidades que tanto la engrandecen, fué pobre sobre la tierra, estremadamente pobre. Era Madre de aquel que «siendo rico por su naturaleza divina, se hizo pobre por nuestro amor, por su Encarnacion, por la que tomó sobre sí todas nuestras miserias á fin de que fuéramos ricos por su pobreza,» como ha dicho San Pablo; Madre de Aquel, que en tanto que «las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, Él no tiene donde reclinar su cabeza,» segun leemos en San Mateo; Madre de Aquel que para nacer, y con su nacimiento dar las riquezas del cielo á los hombres, los hombres reusan darle una cuna, y María su Madre bendita «le recostó en un pesebre porque no habia lugar para ellos en el meson,» así nos lo ha referido San Lucas. María por consiguiente, no solo fué pobre,

sino que debió serlo para corresponder á la celestial mision á que su Hijo santísimo que «venia á evangelizar á los pobres» la destinaba; y en el ejercicio de la pobreza el Señor la engrandeció para que á su vez engrandeciera esta condicion de la humanidad que Jesus nuestro Maestro divino elevó á la categoria de virtud, y de virtud excelente: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Para demostrar esta verdad, que tanto realza el mérito de nuestra excelsa Madre, yo no pienso hacérsela ver en su pobre casa de Nazareth, viviendo en ella con su pobre esposo San Jose, humilde y oscuro carpintero; ni la acompañaremos á Jerusalem en el día de su Purificacion, presentando á Jesus en el templo ofreciendo al sacerdote un par de tórtolas, ó dos pichones, que era la ofrenda de los pobres; ni la seguiremos á Egipto huyendo con Jesus del tirano que lo persigue, donde «la Hija de los reyes trabajaba parte de la noche para suplir la escasés é insuficiencia del salario de su esposo,» segun nos ha dicho un historiador, y donde «muchas veces el niño Jesus, acosado por el hambre, pidió pan á su madre, que solo podia contentarle con lágrimas,» si hemos de estar al testimonio de Landolfo de Sajonia; ni tendremos que reconocer toda su vida que es una série continuada de privaciones incalculables hijas de su pobreza.

Vamos, A. H., á considerar á María solamente en Belen, cerca de la pobrísima cuna del Hijo de sus entrañas que nace pobre, para vivir pobre y morir desnudo, sin tener un sepulcro propio donde descansa su cuerpo sacratísimo; en Belen donde podremos aprender las excelencias de la pobreza para acallar las incesantes quejas que exala la pobre humanidad; porque en Belen la Santísima María honra y engrandece la pobreza, y allí debemos conocer y apreciar las glorias y ventajas de esta virtud, con que el Señor, poderoso y santo la distinguió para que esta Señora á su vez nos glorificase ennobleciendo la pobreza que es el patrimonio de casi

todos los mortales: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

Muchas riquezas espirituales podemos atesorar hoy estudiando con aprovechamiento la pobreza de Jesus que María nuestra bendita Madre honró practicándola en Belen, riquezas que valen mas que los mas preciados bienes de la tierra, pues son las riquezas con que se compra el cielo, que debe ser el término de todas nuestras legítimas aspiraciones. Para que así suceda pidamos la gracia del Espíritu divino por la mediación de María.

### AVE MARÍA.

#### I.

Pobres hermanos míos que sufrís todas las privaciones y todos, todos los horrores de la pobreza, que lleváis el peso de los trabajos y las penalidades consiguientes á vuestra situación, grande y numerosa familia de la providencia, venid hoy á Belen donde está la escuela de Jesus y de María y en ella aprendereis las excelencias de ese estado de abatimiento en que gemís continuamente, la excelencia de la pobreza y sus ventajas que os han hecho entender como humillación é infamia los predicadores del filosofismo á quienes escuchais; y que lejos de calmar vuestros dolores los exacerban hasta haceros desgraciados, cuando estais llamados á ser dichosos en vuestra pobreza si la sabeis sobrellevar; venid, hermanos míos, y aprendamos de María las glorias de esta virtud, y el modo con que la ha honrado.

Con efecto, M. A., el mismo profeta que anunciaba á los israelitas, y en ellos á todos nosotros, el nacimiento de Jesus Hijo divino de la excelsa María, llamándole «Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz; que estenderia su imperio, y su paz no tendria

fin; que se sentaria sobre el solio de David y sobre su reino para afianzarlo y consolidarlo en juicio y en justicia desde entonces y para siempre,» ese mismo profeta, que es el santo hijo de Amós, y que «tuvo vision de Dios en los días de Onias, de Joathán, de Achaz y de Ezequias, reyes de Judá,» lejos de vaticinar al Señor que anuncia con tanta antelacion como un Mesias grande, conquistador, glorioso, segun se lo habian figurado los judios en un sentido carnal creyendo que los libraria del yugo de los romanos, les habla de un Mesias humilde, pobre, abatido, maltratado; pues les dice, que «se levantará en presencia del Señor como vástago y como raiz que brota de una tierra árida: *sicut radix de terra sitiendi*; que no hay en Él buen parecer ni hermosura, despreciado y el postrero de los hombres *despectum et novissimum virorum*; que sabe de trabajos y que tiene escondido su rostro, como un hombre afrentado de la miseria y del oprobio en que se vé:» *et quasi absconditus vultus ejus et despectus.*

Tal ha de ser, H. M., el Hijo santísimo de María, pobre, y el último de los hombres; y pobre, y despreciado y en el colmo de los abatimientos, nace en Belen; con estos caracteres, y en esta condicion lo da á luz la Señora de nuestros cultos, y de esta manera María comienza á honrar y á engrandecer la pobreza que tan mal recibida es por los hombres. Oigamos al Evangelista San Lucas que con sencilla frase nos refiere este nobilísimo acontecimiento que tantos misterios entraña: «Y aconteció en aquellos dias, dice, que salió un edicto de Cesar Augusto para que fuese empadronado todo el mundo; é iban todos á empadronarse cada uno á su ciudad. Y subió tambien José de Galilea de la ciudad de Nazareth, á Judea, á la ciudad de David, [que se llama Belen, porque era de la casa y de la familia de David, para empadronarse con su esposa María que estaba preñada; y estando allí, aconteció que se cumplieron los dias en que habia de parir, y parió á su Hijo primogénito, y lo envolvió

en pañales, y lo recostó en un pesebre; porque no había lugar para ella en el meson:» *quia non erat eis locus in diversorio.*

Amados hermanos míos: ¿hubiera podido referirse con mas sencillez el nacimiento del último de los hijos del pueblo, del mas pobre de todos los hombres como se hace del Unigénito de Dios que nace en Belen? ¡Ah! no parece sino que el Evangelista, inspirado por Dios, ha querido dar á su relato el carácter de la pobreza que refiere, para que comprendamos esa pobreza, y la admiremos, y conozcamos su grandeza que la noble, y generosa María tanto honra, y que tan en gran manera la ennoblece con su conducta. La Hija excelsa de los reyes de Judá, la mujer esclarecida y bendita por cuyas venas corre la ilustre sangre de Abraham, de Isaac y de Jacob; de David, de Salomon y de Ezequias; de Zorababel, de Sadóc y Eleazár, patriarcas, reyes y sacerdotes renombrados de Israel, la inmaculada y nobilísima María no tiene para Jesus sino «unos pobrísimos pañales, un pesebre para su cuna, y un establo que sirva de palacio al Rey de reyes, y Señor de los que dominan:» *et pannis eum involvit, et reclinavit in præsepio, quia non erat eis locus in diversorio.* María era muy pobre, y se goza en su pobreza, y la engrandece con su resignacion, y la honra sometiéndose á ella con la alegría y la santa paz de los justos en el establo de Belen. Así es que «los dos esposos, María y José, bendijeron al cielo por haberles proporcionado aquel asilo salvaje, ha dicho un historiador. El Redentor del género humano ni aun tenia como Moisés una cuna de junco; fué depositado en un pesebre sobre un puñado de paja húmeda, que por disposicion de la providencia dejara allí olvidado algun camellero de Egipto ó Siria precisado á marchar antes del alba. Esta cuna deparó á su único Hijo el que provee de nido á las avecillas del aire. ¡Ah María! exclama San Bernardo, no pienses mas que en ocultar el resplandor de ese nuevo

ol; colócale en un pesebre, y envuelve en pobres mantillas al niño Dios; esas mantillas son nuestras riquezas; las mantillas de mi Salvador mas preciosas son que la púrpura, y ese pesebre mas glorioso que el trono de los reyes: la pobreza de Jesucristo es mas rica que todos los tesoros.»

Es verdad, A. H., que María no dejaría de sentir como Madre, y la mas tierna de las madres, toda la humillacion é incomodidad á que su estado reducía á su amado Hijo. Empero este sentimiento de compasion natural que brota de su maternal y tiernísimo corazón, bien pronto se neutraliza por los sentimientos levantados y sublimes que la fe le inspira, al contemplar la pobreza de Jesus, y esta pobreza recibe de María todos los homenajes que ella reclama para ser honrada y grandemente enriquecida. En fuerza de estos sentimientos que el cielo la comunica en medio de su abandono, y en la desolacion de Belen en que se encuentra de parte de los hombres, á mi me parece con un escritor oírle decir, dirigiéndose al Hijo bendito de sus purísimas entrañas: «Yo os veo reducido á la última pobreza; ¡oh! soberano Monarca del mundo. Todo os falta á Vos que sois suficiente para todo; pero yo me regocijo, porque sé que este perfecto y absoluto despojo, que es el correctivo de la avaricia de los hombres, os agrada mas que toda la abundancia de los bienes de la tierra. Nada me hace reconocer mejor vuestra grandeza que el menosprecio que haceis de todo lo que el mundo estima por mas grande, y nada le muestra mejor que sois su Dios, que cuando le haceis ver que no teneis necesidad de sus bienes: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges.*

¡Qué confusion para los ricos del siglo que, engreidos con la abundancia de sus bienes, con su fausto y ostentacion, se creen dichosos, y consideran como humillante la santa pobreza que María dignifica en Belen respondiendo á los designios de su divino Hijo, el mas pobre de todos los hombres!

¡Qué confusión también para los pobres, para aquellos pobres que, mal avenidos con sus privaciones, miran con ojos de envidia y de indignación al que algo posee, que maldicen todos los días la pobreza en que se hallan, que murmuran de la providencia de Dios, y sin mejorar su triste condición con culpables y blasfemas quejas, pierden el mérito que pudieran adquirir viviendo contentos con la pobreza que Dios les ha dado, y que ha santificado María con su conducta en Belén, pues á dicho de San Gerónimo, «aquel es muy rico que es pobre con Jesucristo:» *affatim dives est, qui cum Christo pauper est.*

¡Plugiera al cielo, A. H. M., que tanto los ricos orgullosos, como los pobres impacientes, comprendieran alguna vez que esa pobreza que tanto les asusta y mortifica, ha sido honrada y engrandecida por nuestra Madre Santísima que es la Madre verdadera de Dios! Y no pudiera ser de otra manera cuando están escritas con eternos caracteres las glorias de la pobreza, toda vez que se ha dicho por el Espíritu Santo: «El pobre no será olvidado para siempre; la paciencia del pobre no perecerá perpétuamente:» *non in finem oblivio erit pauperis; patientia pauperum non peribit in finem.*

Conozcamos pues algo de esas glorias, y sabremos apreciar sus inmensas ventajas, guiándonos en este estudio nuestra Madre Santísima María con quien el Señor obró cosas grandes haciéndole experimentar la pobreza: *fecit mihi magna qui potens est, et sanctum nomen ejus.*

## II.

A medida, M. A. H., que el positivismo, que lo reduce todo al oro haciendo consistir la dicha, la gloria, la bondad,

la sabiduría, el poder, la virtud, la honradez, el patriotismo en crearse una fortuna, trabaja á un pueblo, ó á una sociedad la virtud de la pobreza voluntaria es mas rara, y la resignación de la pobreza necesaria va desapareciendo, reemplazándose por las quejas, por las rebeliones, y por los desmanes del pauperismo que estremecen hasta los fundamentos de la familia y de las sociedades con sus terribles sacudimientos, produciendo al pobre un malestar horrendo que hace amarguísimos sus días, y que lo lanza inevitable y desgraciadamente á su ruina. Y es que entonces la pobreza no tiene títulos á la consideración de los hombres, y sus fueros sacrosantos se menosprecian villanamente, porque la idolatría de los sentidos ha profanado los sentimientos generosos y verdaderamente grandes del corazón, ha exacerbado la sed de gozar, secando en el alma todo lo que engrandece sus facultades, para que el hombre no ame, ni se afane, ni viva mas que para contentar la materia que lo es todo bajo el imperio desastroso y miserable del positivismo. ¡Oh! si se conocieran las glorias y las ventajas de la pobreza para el rico y para el pobre, no se desdeñaría esa condición de la humanidad que inutilmente se pretenden desterrar de su manera de ser, porque escrito está que «siempre tendremos pobres entre nosotros:» *semper pauperes habetis vobiscum.* Estudiemos pues, esas ventajas y esas glorias bajo uno y otro respecto.

Al hablar de las ventajas de la pobreza con relación á los ricos, paréceme, A. H., oírles decir: ¿y qué tenemos nosotros que ver con la pobreza si nadamos en la abundancia? ¿para qué nos habláis de ese estado miserable cuyas privaciones nosotros jamás experimentamos? Dejados gozar de los bienes que poseemos, y no traed á nuestra memoria esa pobreza que turbaría nuestros goces y nuestras comodidades, que nos privaría de nuestros pasatiempos y diversiones. Este lenguaje se concibe y se explica en el hombre que carece de